

(80)

871405

De la
Revista Chilena
de
Historia Natural.
de
Diciembre de 1913.

29. La Biblioteca Nacional. - COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DEL FUTURO PALACIO.—Aunque el asunto que encabeza estas líneas no es de ciencias naturales a que está destinada nuestra Revista, sin embargo el hecho que vamos a relatar someramente, nos ha llenado de satisfacción y no resistimos al patriótico deseo de consignarlo en el presente tomo de esta publicación nacional.

A nuestro país, que hace visibles progresos en todos sentidos, le faltaba realmente instalar con comodidad y belleza su primera biblioteca pública.

Colocado a la cabeza de la mencionada institución el ilustrado y activo ex-Subsecretario de Instrucción Pública, don

CARLOS SILVA CRUZ, no ha descansado un solo instante hasta obtener de los Poderes Públicos la promesa de dotar a la Biblioteca que dirige, de un edificio moderno, cómodo y elegante, digno de la cultura alcanzada por nuestro querido Chile.

Los deseos de nuestros hombres de Gobierno y las esperanzas del señor Silva Cruz y de su laborioso personal de especialistas comienzan a realizarse.



Don CARLOS SILVA CRUZ
DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Con motivo de cumplir la Biblioteca Nacional, el 19 de Agosto de 1913, cien años de vida, tuvo lugar el 24 del mismo mes (por haber caído el 19 en día de trabajo) la mejor celebración posible: la colocación de la primera piedra del grandioso edificio que, en poco tiempo más, habrá de dar albergue

(81)

no solo a los millares de preciosos libros y manuscritos sino, según los proyectos del señor Director, a varias sociedades científicas y literarias de la capital de la República.

Aunque gran circulación tiene la «*Revista de Bibliografía chilena y extranjera*»—otra muestra palpable de los progresos y utilidad de la Biblioteca Nacional—donde se publica (páginas 131-139) la relación de la fiesta, tan sencilla como significativa, consideramos honroso reproducirla en estas páginas.

Esa transcripción que hace la historia de la ceremonia, dirá más que todo lo que pudiéramos nosotros decir con el objeto de describirla y aplaudirla.

Aprovechamos la ocasión de ilustrarla con algunas vistas-retratos, etc., que dejarán un más cabal recuerdo de tan significativo paso dado por los Poderes Públicos en pro de la cultura nacional.

«El día 19 del presente mes la Biblioteca Nacional cumplió su primer siglo de existencia. Sabidos son los orígenes de este establecimiento, orígenes modestos, como lo fueron los primeros días de la República, nacida entre sangrientos combates e inquietudes. La fundación del año 13 fué la obra de unos cuantos hombres de talento que tenían ciega fe en la influencia de los libros sobre la civilización, y, si históricamente ellos se anticiparon a la exigencia pública, su intención les justifica, tanto más cuanto que los resultados han sido trascendentales. Fecha tan memorable debía tener, pues, digna celebración, yendo en ella comprendidas la gloria de la idea misma y la de los hombres ilustres que la concibieron. Una fiesta común como tantas que se celebran, no hubiera acaso correspondido por lo efímera, a la solemnidad del fasto. Por eso, desde mucho tiempo atrás, la Dirección de la Biblioteca se empeñaba en marcar el gran día con un recuerdo duradero; y ninguno encontró más digno que el de llevar a efecto la simbólica ceremonia de colocar la primera piedra del nuevo edificio para la Biblioteca. Poco antes, merced a la decidida voluntad del Presidente de la República, Excmo. señor Barros Luco, al buen criterio de los miembros del Congreso y a la incansable labor del Director señor Silva Cruz, que estimaron como necesidad nacional el dar pronto a la Biblioteca local amplio y seguro, se había comprado el predio que ocu-

AÑO XVII (1913)

Lám. XVI.



PERSONAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL
Grupo tomado en el Monasterio de Santa Clara

82

paba el monasterio de las Claras y se había autorizado una suma para iniciar la construcción de un palacio monumental; de suerte que todo era propicio para hacer una fiesta memorable. Y así fué.

Por la circunstancia de caer el 19 en día de trabajo y con el objeto de darle más brillo a la ceremonia, se transfirió ésta para el Domingo siguiente que fué el 24.

A las 2 de la tarde llegó al Monasterio el Excmo. señor Presidente con su comitiva, compuesta por los señores Ministros de Estado, edecanes y altos funcionarios. El primer patio del claustro, en donde se iba a verificar la ceremonia, estaba repleto de una concurrencia distinguida: el cuerpo diplomático, personalidades políticas y numerosas familias de la sociedad, representantes de la prensa y de las sociedades obreras. Era un hermoso conjunto de alegría y elegancia que hacía contraste con la severidad de aquel convento en que durante dos siglos reinó el silencio monacal y la más estricta clausura.

Inmediatamente de terminado el himno nacional, el Honorable Ministro de Instrucción Pública, señor D. Fanor Paredes, pronunció el discurso que más abajo insertamos. En seguida se firmó el acta de la colocación de la primera piedra. Esta acta, que era un delicado pergamino de fina caligrafía, obra del señor Foradori, fué encerrada en una urna de cristal. Llevaba las firmas de S. E., de los Ministros de Estado, los miembros de las mesas de ambas Cámaras, el Intendente de Santiago, el Primer Alcalde, el Rector de la Universidad, el Director de la Biblioteca. La piedra y el acta, como es de uso en estos casos, se colocaron en el fondo del herido, y S. E. con una artística plana de plata cincelada, acomodó ligeramete la mezcla que unía ambas cosas.

Toda la concurrencia se trasladó después a la iglesia, trasformada en salón y allí se desarrolló el resto del programa que era el siguiente:

IV. Beethoven.—Scherzo.—Allegro de la Quinta Sinfonía, por la orquesta del señor Nino Mascelli.

V. Dregert.—Coro a voces solas, por los alumnos de canto del Instituto Superior de Educación Física.

VII.—Tschaikowsky.—Primer número de la Sinfonía Patética, por la orquesta.

VIII.—Discurso de don Juan Agustin Barriga, miembro correspondiente de la Real Academia Española.

IX. Ahlstrom.—Serenata, por el coro.

X. Wagner.—Preludio de los Maestros Cantores de Nuremberg por la orquesta.

He aquí los discursos:

EL SEÑOR MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA, DON FANOR PAREDES:

Hace poco más de ocho meses, en Diciembre de 1912, el Supremo Gobierno adquirió esta propiedad extensa y central, que durante tantos años fué apacible asilo de las religiosas del Monasterio de Santa Clara, para destinarla principalmente a la instalación de la Biblioteca Nacional, en forma que corresponda a sus fines de conservación y custodia de los importantes documentos originales y numerosos libros que constituyen su valiosa dotación; al mejor aprovechamiento de las lecciones de la experiencia, de la civilización y de la cultura humana y al propio prestigio de la República.

Creada esta Biblioteca cuando nuestros próceres recién habían conquistado la Independencia de la patria, cuando aún había dentro del territorio enemigos que vencer y esclavos que redimir, tuvo desde sus comienzos, no sólo el fuerte apoyo del poder público, sino también la dádiva entusiasta de los ciudadanos amantes de las ciencias y de las luces, cuya cooperación había solicitado el Gobierno en la histórica proclama del 19 de Agosto de 1813, que es, si bien se mira, su verdadera partida bautismal.

De escaso mérito científico y literario al principio, pues era una época en que la Metrópoli por sistema, para afianzar su dominación absoluta, mantenía encadenados el espíritu y la conciencia, no permitiendo llegar al territorio otros libros o impresos que aquellos que convenían al régimen imperante, se fué desarrollando en el trascurso de nuestra vida de nación independiente hasta llegar, desde los cinco mil volúmenes primitivos de la Universidad de San Felipe que le sirvieron de base y en los que no figuraban obras de ciencia ni de ilustración modernas, hasta el estado floreciente de hoy, con más de trescientas mil obras, que representan las producciones de la inteligencia humana de todos los tiempos, de todos los países y de todas las tendencias.

La labor intelectual de nuestros escritores nacionales, los canjes, las donaciones o legados y las compras constantes de las obras más notables que aparecen en el mundo literario o científico, van incrementando de año en año su depósito de libros sobre las diversas manifestaciones de la ciencia y de las letras.

83

Abierta al público la Biblioteca de día y de noche, ha tenido en el último año una asistencia de cerca de cincuenta mil lectores, fuera de los que llevan libros a su domicilio para su propia ilustración o la de sus familias. Estas circunstancias, su significado de centro de ilustración, foco de luz para los hombres que desean enriquecer sus conocimientos, la necesidad de prestar sus servicios en las condiciones de comodidad y atracción en los establecimientos bibliotecarios más modernos, el fin patriótico de conservar, como reliquias sagradas, libres de todo elemento destructor, el archivo general de la Nación con toda la documentación de nuestra vida colonial y los antecedentes originales de nuestra independencia política, fueron los móviles que impulsaron al Gobierno, por iniciativa del Primer Mandatario de la Nación, a la compra de este local para levantar en él un palacio digno de nuestra Biblioteca Nacional y de la cultura que hemos alcanzado en cien años de vida independiente.

Así también cumpliremos, al través del tiempo y de la historia, con el ideal del Gobierno de 1813, que al fundar esta Biblioteca decía:

«Ciudadanos de Chile, al presentarse un extranjero en el país que le es desconocido, forma idea de su ilustración por las bibliotecas y demás institutos literarios que contiene; y el primer paso de los Gobiernos para ser sabios, es proporcionarse grandes bibliotecas. Por eso el Gobierno no omite gastos ni sacrificios para formar la Biblioteca Nacional.»

Estas patrióticas aspiraciones, manifestadas hace un siglo por gobernantes que se adelantaban a su época, se convirtieron en una hermosa realidad; y contribuirá a su mayor afianzamiento el templo de ciencia y de cultura, cuya primera piedra coloca en estos solemnes instantes, a nombre de la Nación, S. E. el Presidente de la República, como un homenaje al pasado, una necesidad del presente y estímulo y enseñanza para el futuro.»

EL DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA, DON CARLOS SILVA CRUZ

Excelentísimo señor, señores Ministros, señoras y señores:

Cuando un adolescente da sus primeros pasos en la senda de la vida, ¿no es natural que ellos sean inciertos y vacilantes, o atropellados y violentos? La sangre nueva corre ardiente por las venas: tensos y vibrantes los nervios, llevan las impresiones al cerebro con rapidez de chispa eléctrica; y el buen sentido, todavía no iluminado por el es-

tudio, no lastrado aún por la experiencia ni pulido por el choque de las contradicciones, flota en la nebulosa primitiva. Exigir en esa edad de aurora la viva claridad del medio día o el resplandor sereno de la tarde sería empeño vano. Vano sería esperar de inexperta adolescencia aquel reposo en el obrar, aquel acierto en el prever, aquel discernimiento en el juzgar que son privilegios—¡harto caro pagados!—de más avanzados años!

Y si esto es verdad de los hombres, también lo es, y con mayor razón, de las naciones. En sus primeros tiempos, la espada predomina sobre el cerebro y el brazo ejecutor sobre el pensamiento directivo. Sólo mucho más tarde, cuando las instituciones maduran a fuerza de reveses y caídas, cuando las energías sociales se disciplinan, cuando la paz y el orden dan a los estadistas tranquilidad para discernir y clarovidencia para observar, sólo entonces surgen las serenas fuerzas intelectuales que, desde el silencioso gabinete de estudio, marcan orientaciones definitivas a la actividad económica y política del organismo nacional.

Este es el orden natural de las cosas.

Pero un pueblo que, desde la cuna misma de su autonomía, medita ya en sus destinos futuros y en sus graves problemas orgánicos; un pueblo que, junto con aspirar al título de nación soberana, mide en todo su alcance las responsabilidades a ese título inherentes y dirige hacia la conquista de la cultura sus primeros esfuerzos libres y conscientes; un pueblo así, constituye, sin duda, una excepción a las leyes de la Historia.

Y este es el caso, señores, de nuestros primeros años de vida republicana

Basta recorrer los escritos de Salas, de Martínez de Rozas, de ambos Egañas, del gran Henríquez, de Irisarri, de Gandarillas, para así comprenderlo. Basta revisar las colecciones de «La Aurora», de «El Monitor Araucano», del «Semanario Republicano», para sentir la íntima impresión de que aquella breve «Patria Vieja» fué el verdadero período incubatorio de todos nuestros posteriores progresos.

La colección de «La Aurora» es un vasto tratado económico-político-social en que todas las cuestiones vitales para el desarrollo de un pueblo están esbozadas con ideas tan avanzadas para su época, que en muchos puntos podrían constituir un programa, aún en nuestros días.

El estudio comparativo de las instituciones políticas, el fomento de la población, la higiene y la salubridad de las ciudades, la prevención de las enfermedades y plagas sociales, la asimilación de la raza aborígen, la manera de atender al progreso económico, especialmente al in-

84

dustrial y agrícola, los medios de promover el espíritu cívico y de formar la opinión pública; y por sobre todo, a cada paso y en cada momento, *la cuestión educativa*, el mejoramiento de las condiciones físicas y morales del pueblo, complemento indispensable de la libertad base angular y condición ineludible de las nuevas instituciones; tales son los tópicos que desfilan por aquellas páginas y que, en el claro-oscuro de la naciente conciencia pública, debían hacer el efecto de verdaderos rayos de *aurora*.

«Es necesario preparar con suavidad y lentitud los hombres a los grandes trastornos e innovaciones políticas; de otro modo nada se logrará estable, útil y libre de mayores males...» (1).

«Hermoso campo presenta la educación física y moral a un código sabio. Esta es la parte más esencial de la legislación, la cual de nada sirve cuando se dirige a gobernar unos seres débiles, baladíos, desarreglados y sin costumbres...» (2)

«En el dieciocho de Septiembre de 1810 reconocisteis que erais libres y que teniais derechos... Las victorias de Yerbas Buenas, San Carlos y Talcahuano, declararon que mereciais serlo; y desde ese momento vuestro Gobierno reconoció que un valor y patriotismo coronado con tanta gloria os iba a colocar en el rango de las naciones, y que necesitabais presentaros al universo con el decoro y dignidad correspondiente. Como la ilustración es el único camino de formar los pueblos honrados y felices, quiso inmediatamente proporcionaros todos los auxilios de una educación brillante y provechosa» (3).

Así hablaban los padres de la Patria. Y como una prueba de que el plan educativo meditado por ellos era tan avanzado que abarcaba hasta la tendencia *vocacional* que, aún en nuestros días, pugna por abrirse paso en la opinión, terminaré las citas con estas palabras de «El Monitor Araucano»:

«El logro de una empresa alienta al Gobierno a meditar y a emprender otras no menos grandes y saludables. Tal es la del Instituto de *Educación e Industria Popular*, para formar *artesanos virtuosos y hábiles* y llenar al Estado de fuerza y virtudes pacíficas.»

De este vasto plan formó parte, señores, la Biblioteca Nacional. Si no nació de hecho, instalada, utilizable por el público en los días gloriosos de la Patria Vieja, fué por lo menos, concebida como hermosa

(1) CÁMILLO HENRÍQUEZ, en «La Aurora».

(2) GANDARILLAS, en la misma «Aurora».

(3) DON MARIANO EGAÑA. Discurso en la Inauguración del Instituto Nacional.

aspiración en la mente de los grandes pensadores y gobernantes de aquella época. A tal objeto respondió la proclama de 19 de Agosto de 1813, que lleva las firmas de Pérez, Eyzaguirre y Egaña (4).

Después de la Reconquista, recibió un brillante impulso moral, que circunstancias independientes de la voluntad de su autor dejaron en la categoría de meramente platónico: los diez mil pesos, de la buena moneda de entonces, que al General San Martín ofreció el Cabildo de Santiago y que el Libertador renunció en favor de la fundación de una Biblioteca Pública.

Veinte mil volúmenes, según toda probabilidad, contaba la Biblioteca en sus anaqueles cuando, en 1823, fué abierta por primera vez al público en el edificio de la antigua Aduana de Santiago (hoy Palacio de los Tribunales) y bajo la dirección del benemérito ciudadano don Manuel de Salas y Corvalán, su verdadero y glorioso fundador, en colaboración con el no menos glorioso padre de la prensa chilena, Camilo Henríquez.

Desde entonces, cuidada inteligentemente por hombres de tan claro talento, de tanta vocación y de tan alto espíritu como don Francisco García Huidobro, don Vicente Arlegui, don Ramón Briceño y don Luis Montt; incrementada constantemente por las disposiciones de leyes previsoras, como la de imprenta y la de propiedad literaria; enriquecida con los canjes extranjeros, cuyo servicio estableció el Gobierno anexo a ella por indicación del señor Briceño; convertida en el archivo más vasto y más auténtico de nuestra vida colonial y en la fuente más rica de nuestra historia por la agregación de colecciones valiosísimas y completas de documentos inéditos oficiales y extra-oficiales, ha venido constituyendo un testimonio elocuente de nuestra cultura, una demostración palpable y visible del espíritu de orden y de respeto a las instituciones que siempre caracterizó nuestra vida republicana.

Hoy, señores, entra la Biblioteca Nacional en la segunda etapa secular de su camino bajo los más felices auspicios.

Los Poderes Públicos de principios del siglo XX, inspirados en los mismos ideales que iluminaron a nuestros primeros gobernantes al comenzar el siglo XIX, continúan considerándola como la institución eminentemente nacional de universal ilustración, libre de todo colorido político o social, «común para la instrucción de todos los ciudadanos», según la frase feliz de un decreto de 1823.

(4) Don Francisco Antonio Pérez y don Agustín de Eyzaguirre, miembros de la Junta Gubernativa; y don Mariano Egaña, secretario de la misma.

Pero los tiempos cambian. Las complicaciones de la vida moderna, las conquistas de la industria, los progresos de la técnica, la complejidad cada día mayor del mecanismo financiero y económico, el avance casi vertiginoso de las ciencias, la facilidad con que el pensamiento escrito se multiplica y se difunde a todos los ámbitos de la tierra, todos estos factores, sumados, hacen que la oferta y la demanda del material impreso sean hoy inconmensurablemente más amplias y más premiosas que hace un siglo.

Materias sobre las cuales, en aquel entonces, se publicaban al año unos cuantos volúmenes de información más o menos general, están hoy subdivididas en centenares de ramas; y sobre cada rama se publican cada año centenares de estudios y monografías, en libros y folletos, en revistas y periódicos.

Del lado opuesto, la especialización de las actividades, así mentales como materiales, y su fundamentación cada vez más científica, aumentan incesantemente la necesidad de información concreta, rápida, fresca, en una variedad casi infinita de temas.

A todas estas exigencias de la vida moderna puede y debe responder hoy día una biblioteca bien organizada; y, entendida de ese modo, su campo, fecundo y reproductivo, puede extenderse a todas las manifestaciones de la actividad nacional.

Hoy es un agricultor, cuya viña o cuyos árboles frutales han sido atacados por una enfermedad desconocida en el país y que pide todo lo que sobre ella se haya escrito en las regiones de donde es originaria; mañana, un futuro industrial que solicita cuanto se haya publicado recientemente sobre el olivo y la fabricación del aceite, para adoptar los últimos i más perfeccionados procedimientos; otro día un operario que quiere estudiar textos elementales de construcción y estilos, para aplicar mejor las instrucciones del arquitecto; después un hombre público que, al discutirse una cuestión monetaria, quiere conocer todas las leyes recientes dictadas sobre la materia en los diversos países.

Si la Biblioteca puede responder de un modo inmediato y completo a todas estas demandas, que tomo el azar de entre las muchas que llegan, ¿no es verdad que habrá contribuido en algo a salvar una industria o crear otra, a perfeccionar la mano de obra, a resolver un problema vital de interés público? ¿No es verdad que habrá contribuido, no sólo a la ilustración, sino también al bienestar y a la prosperidad del país?

Los ejemplos pueden multiplicarse hasta lo infinito, y ellos prueban cuánto valen para el progreso de un país la existencia de un gran

centro de informaciones, universal, organizado, expedito. Son muy pocos los privilegiados que han podido recibir en las aulas justamente la preparación que después han de requerir para el desarrollo suficiente de su actividad en el campo que el azar de la vida les depare. La gran mayoría de los hombres han menester adquirir por medio de la lectura o del estudio posteriores, en vista de un apremio inmediato, conocimientos cuya necesidad no pudieron prever en sus años juveniles.

En la exposición de motivos del proyecto de ley belga para crear la Biblioteca Postal Internacional, se registran las siguientes sabias y acertadas consideraciones:

«La lectura regular de aquellos libros que a cada cual suministran informaciones frescas, abundantes, tomadas en las mejores fuentes y en las más reputadas obras, ha llegado a ser una necesidad general en las sociedades modernas.

«La experiencia demuestra que esa necesidad sólo puede ser satisfecha organizando la lectura como un servicio público.

«Constituye, en efecto, un peligro público el ocio que no encuentra sino placeres degradantes y funestos, o el trabajo que se mantiene rutinario y, en consecuencia, inútil o embarazoso, constituye un peligro público la ignorancia del pobre, dañosa para él mismo, para la raza y para el país; constituye un peligro público la ignorancia del rico que por el empleo torpe de su fortuna y el poder que posee de hacer trabajar a los demás, multiplica el peligro de su propia incompetencia.»

Pero no es sólo, señores, la información amplia y abundante, útil a todos, al capitalista como al obrero, al industrial como al hombre público, lo que constituye la importancia trascendental de las grandes Bibliotecas. A sus funciones tradicionales de conservación y difusión de la cultura pueden agregar otra, aún más noble y prolífica: la de estimular la producción intelectual y promover las investigaciones, proporcionando instrumentos de trabajo y ambiente propicio a los hombres de estudio. ¡Cuántos investigadores, aún en el terreno de las ciencias experimentales, que parecen fruto sólo del laboratorio, han fracasado por falta de facilidades bibliográficas, por falta de conocimiento de trabajos anteriores o coetáneos, que habrían podido ponerlos en la verdadera senda! ¡Cuántos otros han perdido un tiempo precioso y largos y penosos esfuerzos en duplicar investigaciones que ya estaban hechas o que avanzaban rápidamente en otras manos! La organización cooperativa ha venido produciendo frutos tan admirables en el terreno científico como ya los había dado en el campo industrial.

Pues bien, las Bibliotecas, con sus seminarios o salas de investiga-

ción, con sus catálogos y bibliografías constantemente renovadas, con sus sistemas de canjes e intercambio de publicaciones, pueden constituir centros comunes de labor organizada de incomparables resultados para el progreso de las ciencias y de las artes.

Algo de todo eso fue, señores, hace veintidos siglos, la Biblioteca de Alejandría.

En el corazón de la gran metrópoli greco-egipcia, bajo la protección del maravilloso y excelso faro cuyo blanco mármol se teñía de rosa a los rayos del sol poniente; en medio de los grandes monumentos alejandrinos, del palacio real, del templo de Poseidon, de los obeliscos



Fig. 33.—Actual edificio de la Biblioteca Nacional

de Cleopatra, alzabase inmenso edificio, rodeado de columnatas y peristilos, adonde acudían los habitantes todos de la ciudad, incluso los reyes, para cambiar ideas, para escuchar la palabra elocuente de los retóricos, la reposada de los filósofos, la provechosa de los astrónomos, matemáticos, geógrafos y naturalistas. Setecientos mil volúmenes formaban el núcleo de la biblioteca. Legiones de políglotas se ocupaban en traducir los rollos escritos en hebreo, en sánscrito, en caldeo; legiones de escribientes en copiar las obras que no se podían adquirir a pesar de las órdenes reales a los bibliotecarios para comprar todo libro de que tuviesen noticia. Anexo a la Biblioteca funcionaba el Museo con sus colecciones de arte y ciencia, laboratorios, salas de disección, jardines zoológicos y botánicos. Y, por entre aquel conjunto de esta-

blecimientos, pululaban catorce mil estudiantes venidos de todas partes del mundo y centenares de sabios que tenían allí su hogar y dedicaban la vida entera a investigaciones de tanta trascendencia como las de Euclides y Eratóstenes, Calímaco y Aristarco. Aquella Biblioteca fué sólida base de la grandeza de Egipto, foco central de luz del mundo greco-romano, primer campo de aplicación de los métodos inductivos y experimentales, precursora milenaria en consecuencia, de las maravillas científicas e industriales de nuestros días. Ella constituye una prueba secular e inolvidable de lo que vale un establecimiento de esta especie para el progreso de un pueblo y para el bien de la humanidad.

Señores: La Biblioteca Nacional de Chile, al celebrar el centenario de su fundación, al recibir de los Poderes Públicos un terreno propio que será su hogar definitivo después de haber vagado de casa en casa durante un siglo; al sentir cómo empieza a cristalizar en realidad material la antigua aspiración de dar vuelo y amplitud a sus servicios, sin sentirse estrangulada por la estrechez de un predio inadecuado; al ver cercano y ya casi tangible el ideal de su unión con el Museo Histórico y los Archivos Nacionales en un vasto centro de cultura evocador de leyendas y de recuerdos patrios, conservador de la tradición social y cívica del país, dedicado a difundir el amor por lo más bello y lo más útil que ha producido el pensamiento humano—refugio sereno de meditación y de estudio, en medio de jardines, cabe la legendaria Cañada y al pie del histórico Huelén—la Biblioteca Nacional, que tiene hoy como huéspedes de honor a los representantes de los más altos Poderes del Estado y a los de la opinión, de la mentalidad y del trabajo en sus más brillantes manifestaciones, contrae ante ellos el compromiso solemne de devolver en actividad, en iniciativa y en servicios al país, si es posible ciento por uno de los sacrificios que por su adelanto se impone la Nación y de la magnánima clarovidencia con que la protegen sus gobernantes.»

EL SEÑOR J. AGUSTIN BARRIGA

La Biblioteca Nacional de Chile celebra hoy el centésimo aniversario de su fundación poniendo la primera piedra del magnífico edificio que ha de albergar en adelante el precioso archivo de la cultura patria. Fundada por una disposición suprema de la Junta Gubernativa, el 19 de Agosto de 1813, nacida al soplo de las primeras auras de libertad que saludaron el advenimiento de la nueva República, la his-

toria y la vida de la Biblioteca se confunden desde su origen con la vida y la historia de la sociedad chilena. Modesta en sus principios, como eran modestos los recursos de la apartada colonia en 1810 había proclamado su independencia antes las naciones civilizadas, la biblioteca se ha desarrollado paralelamente al progreso general de la República, incrementando poco a poco su acervo primitivo, hasta llegar a la enorme cifra de ciento ochenta mil volúmenes, que hoy ostenta con orgullo en su catálogo oficial.

Nadie ignora en nuestro país los grandes servicios que una institución de este género ha prestado hasta ahora y está llamada a prestar en el futuro como elemento indispensable de educación y hogar propicio a los estudios graves y apacibles que dignifican la vida, regocijan el alma y despiertan a veces la vocación literaria en muchas inteligencias que vegetaban obscuramente en la ignorancia de sus propias facultades.

No es ésta, sin embargo, la principal función de una Biblioteca organizada especialmente para servir a los estudios de investigación, sin el auxilio de los cuales se haría punto menos que imposible la tarea del historiador moderno. Más que en las obras de consulta ordinaria o en los libros de mera recreación que forman casi toda la lectura de los contemporáneos, la riqueza de una Biblioteca Nacional debe cifrarse en las obras fundamentales y colecciones eruditas que constituyen el verdadero tesoro del investigador. En esos viejos y empolvados libros que nada dicen al vulgo ignorante, pero que arrojan raudales de luz al ojo del sabio, vive y alienta, señores, el alma de toda la República. Ellos formaron la educación y modelaron el espíritu de nuestros viejos patricios y en ellos ha de buscarse la oculta semilla de nuestras grandes evoluciones sociales y políticas. ¿Cómo explicar, por ejemplo, la candorosa ideología y el ardor revolucionario de un Camilo Henríquez, sin conocer la literatura de propaganda, abierta o clandestina, que de Francia, Inglaterra y de España misma, había llegado hasta los frailes de la Buena muerte? ¿Cómo prescindir de la filosofía humanitaria y la retórica sentimental del siglo XVIII para juzgar las obras del boecio americano que en los presidios de Juan Fernández consolaba su destierro y sus cadenas con las dulces meditaciones del creyente y las ingenuas teorías del moralista empeñado en la reforma social? ¿Dónde encontrar la fuente de información indispensable para estudiar las doctrinas sociales y políticas de don Mariano Egaña, si no acudimos a la admirable Biblioteca que lleva su nombre y que el Estado adquirió en 1846 para cumplir un voto de la Nación, en homenaje a la memoria del

insigne estadista? ¿Qué testimonio más elocuente para fijar la fisonomía moral de aquel espíritu previsor y sagaz destinado a encauzar los rumbos de la sociabilidad chilena, dando al país las leyes civiles que necesitaba y la base constitucional que el rigor de los tiempos imponía al legislador y al hombre de Estado?

No es un secreto para vosotros que el ilustre Bello, cuando los azares de la Revolución le obligaron a aceptar la hospitalidad chilena, era ya el escritor eminente del *Repertorio Americano*, el gramático innovador que había estudiado a fondo la contextura ideológica de la lengua el poeta descriptivo que había cantado en versos de primorosa factura los esplendores y los frutos de la Zona Tórrida, mas no era todavía el jurisconsulto ni el legislador consumado que sólo debía revelarse muchos años después, cuando el Gobierno del General Búlnes le confió la redacción del proyecto de Código Civil. ¡Cuánto pudieran decirnos aquellos viejos y amarillentos volúmenes in-folio, sobre los cuales estuvo tantas veces inclinada la venerable cabeza del maestro! ¡Qué enorme suma de trabajo, qué paciente labor, qué método seguro de investigación y de crítica, para dar forma definitiva y entregar al juicio de la posteridad esa obra maestra que en los preceptos de ley parecen dictados en sentencias lapidarias por la sabiduría de Roma y vertidos a nuestra clásica lengua con la pluma de oro de Jovellanos!

Grande es, sin duda, señores, la importancia de la arqueología para reconstituir el pasado histórico de un pueblo o de una raza; pero el alma de las sociedades que fueron, la vida del espíritu que informaba su ser moral, revive intacta en sus bibliotecas, desde el sarcófago de piedra en que los pueblos primitivos guardaban los libros sagrados de la ciencia sacerdotal, hasta esas monumentales colecciones que las grandes capitales modernas exhiben hoy a la admiración del viajero estupefacto. Ellas conservan la tradición escrita y mantienen a través de los siglos la perfecta continuidad del pensamiento humano. Cada generación que pasa va dejando en ellas sus ideales y transmitiendo a las que llegan el resultado de su experiencia y sus trabajos y las noticias que los sabios de su tiempo alcanzaron a reunir sobre los grandes problemas del universo y de la vida. La biblioteca es al museo histórico lo que el alma al cuerpo del hombre: el principio formal que lo anima interiormente e imprime a sus obras sello de inmortalidad.

Bien lo sabía aquel terrible Califa del Oriente que, después de haber subyugado cinco naciones y destruido trescientas ciudades, mandó incendiar la Biblioteca de Alejandría, para que en frente del Korán y

88

sus divinos preceptos no quedara vestigio alguno de la expirante civilización greco-latina.

Guardemos, pues, con celosa avaricia esos tesoros que forman parte de la riqueza pública en lo que ella tiene de más elevado, de más seguro e imperecedero; guardémosles con amor y con respeto e inspiremos a la juventud, al par del culto de los antepasados, la afición a este género de estudios que es hasta hoy privilegio de unos pocos eruditos: despertemos en ella el espíritu de investigación diligente y metódica para alejarla de los trabajos superficiales y de los triunfos efímeros que sólo atraen cuando se ignoran o menosprecian las fuentes originales de la investigación positiva.

Sigamos con interés y estimulemos, si es posible, sus trabajos con alguna recompensa proporcionada a su mérito, para que, renunciando

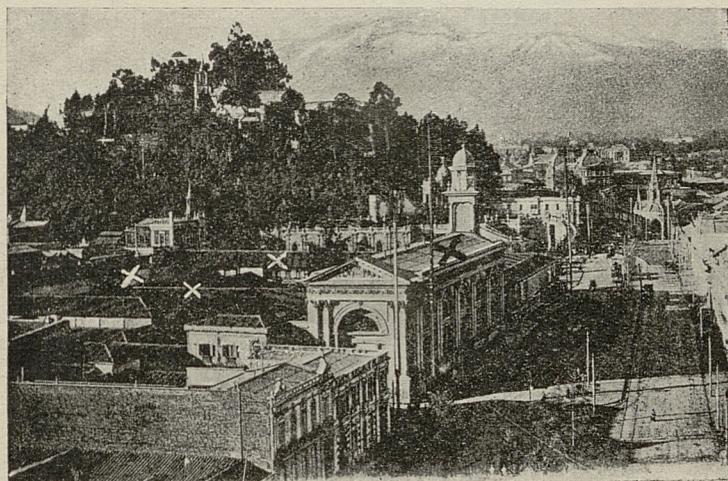


Fig. 34.—Monasterio de las Claras

que será demolido para edificar en ese sitio (XXX) la futura Biblioteca Nacional

a los placeres vulgares, busque más nobles y más seguras satisfacciones en el cultivo de las riquezas que no perecen.

El Supremo Gobierno, que presta ahora mismo justificada atención al problema económico, no puede ignorar, ni ignora seguramente la importancia que tienen los factores morales en la formación de estas crisis periódicas y el provecho que puede sacarse de ellos como instrumento adecuado para derivar la corriente de los malos hábitos en la vida social: la sed de lucro, el espíritu de derroche, la fiebre de espe-

culación que aleja al hombre del trabajo fecundo y al capital de sus fuentes productoras.

La juventud ama por natural instinto la vida y quiere apurar sus goces con la febril impaciencia del que no sabe todavía el doloroso secreto de la felicidad humana. Ve desde lejos los esplendores de la riqueza; a su modesto albergue de estudiante llegan los ecos de las fiestas sociales embellecidos por la ilusión de la distancia; oye las alegrías de un banquete al que no ha sido invitada, el murmullo incesante de la adulación cortesana que rodea a los grandes señores de la moderna plutocracia; la agitación de la gran ciudad; el fantástico rodar de los carruajes precedidos de sus luces fulgurantes; la vibración intensa del placer difundida en la atmósfera y las músicas triunfales que anuncian la llegada de un nuevo vencedor en la carrera vertiginosa de la ambición o la fortuna.

Y cuando vuelve los ojos a la pobreza y obscuridad que le rodea un grito de angustia se escapa de su corazón humillado y allá en el fondo de su mente enardecida, de las entrañas mismas de su ser, surge una idea terrible, imperiosa y fatal como un juramento que va a decidir en un instante el porvenir de su vida entera: ¡ser rico a toda costa! (Grandes aplausos).

Hora es ya de modificar los rumbos, devolviendo a la inteligencia sus fueros y reclamando para ella la consideración y el respeto que enaltece a las naciones, ya que la gloria de sus grandes hombres forma parte de su patrimonio intelectual y moral.

Ni Bello ni Portales debieron nada a la fortuna que muchas veces les fué contraria; y, sin embargo, señores, ¿quién no se inclina respetuoso y lleno de gratitud ante sus sombras venerandas? Volvamos a la senda que ellos trazaron y que nosotros hemos perdido por un falso concepto de la jerarquía humana, fundado en valores que no resisten al análisis y que a veces basta para disipar el más ligero contraste de la fortuna adversa.

La presencia en este sitio del Primer Magistrado de la República es un principio de buen augurio en el camino de esta reacción que se inicia, de esta reacción necesaria, si queremos salvar a la juventud que es el porvenir y conservar nuestro antiguo prestigio en el concierto de las naciones.

Base de la nueva era sea esta piedra fundamental del suntuoso edificio que va a levantarse para guardar en monumento digno de ellas el nobilísimo archivo de la historia y de las letras nacionales.

Una feliz inspiración del artista encargado de levantar el plano de

la nueva Biblioteca ha querido que en este sitio consagrado hasta hoy a la oración y al silencio, venga a realizarse una antigua aspiración que el príncipe de los oradores romanos solía formular en sus diálogos familiares: el ideal de la vida humana,—decía,—es una Biblioteca en un jardín. (Aplausos).

Yo hago votos, señores, por que la juventud chilena haga suya esta hermosa sentencia de Cicerón, que, si a todos nos es dado llegar a las cumbres de la elocuencia política, ni es fácil empresa la de escribir las Catilinarias o el tratado *De Re Publica*, siempre es honroso seguir las huellas de tan insigne maestro, ser admitido en el número de sus discípulos y oír de cerca las enseñanzas inmortales que brotan de sus labios, como la miel de Himeto en los jardines sagrados de la clásica antigüedad. (Grandes aplausos).»



Fig. 35.—Medalla conmemorativa de la fiesta que hemos relatado

Honroso será para los señores representantes del pueblo en el Congreso votar los fondos necesarios para que pronto sea una realidad el palacio de la Biblioteca Nacional.

